

Pequeña historia

Por MIGUEL MOLINA RABASCO

Confieso mi incapacidad para los negocios. Ni he podido explicarme tampoco, cómo sin poseer nada se pueden crear éstos. Y sin embargo, a u n q u e parezca absurdo, puede hacerse. ¿Cómo? ¡Ah! Lo ignoro.

Yo, en cierta ocasión, contagiado de esta fiebre de los negocios intenté emprender uno. Para ello, a imitación de otros, alquilé un local, compré un bufete, pedí prestada una máquina de escribir, contraté a un Botones, puse un letrero con sólo las iniciales —tan de moda— O. N. I. (Oficina de Negocios Industriales) y heme allí esperando ganar mucho dinero.

La primera persona que entró en la oficina me cogió desprevenido. Estaba yo, momentos antes, pasando un montón de papeles de izquierda a derecha del bufete y viceversa, para simular trabajo. El Botones, convenientemente instruido, a tiempo prudencial, colgaba y descolgaba el teléfono; con ello parecía haber mucha actividad. Pero después de largo rato, cansados por este monótono ejercicio, yo había terminado por coger una revista muy interesante y él comenzó a leer una novela. Cuando sentimos abrir la puerta, el Botones se ayalanzó al teléfono volcando, en su precipitación, un tintero; yo, por mi parte, tapé la revista con unos papeles y fingí mucho afán.

Era un viajante. Después de mucho hablar, me convenció de que vendía unos lápices superiores y de la necesidad que yo tenía de adquirir una multicopista y una calculadora para ahorrar trabajo. Se las compré.

El segundo visitante fué una señorita. Era rubia, delgada, muy mona. Viajaba una casa

(Pasa a la última página)

Lucena, 21 de agosto de 1955

PEQUEÑA HISTORIA

(Viene de la página cuarta)
de material de escritorio. No me ponderó su calidad pero me sonrió. Después, con la más deliciosa de las confianzas, me cogió una mano y me hizo una confidencia: le agradecería tomar unas copas conmigo. Naturalmente... pagué yo.

La tercera persona que pisó la oficina fué una vieja. Venía a que le leyera una carta de un hijo suyo voluntario en Africa. Yo, como es natural, no pude interrumpir mis ocupaciones. Se la leyó el Botones. Disimuladamente les miraba y ví como le dió un duro. Cuando la mujer se hubo marchado exigí a mí subordinado la entrega de aquella cantidad. Después de muchos ruegos y amenazas conseguí que me diera la mitad de ella.

Cuando ya desesperaba de triunfar, se presentó la ocasión. Era un señor muy bien vestido y muy amable. Me preguntó qué clase de negocios realizaba. Cuando terminé una larga y erudita explicación, quedó satisfecho y me

dijo: Confieso que cuando leí el título de O. N. I. estuve tentado de no entrar, porque creí que esto tendría alguna relación con la política y a mí, la verdad, me gustan las cosas claras y sin discusiones.

Me propuso almorzar juntos para hablar más despacio. Considero innecesario decir que pagué yo. Quería vender no se que cosa de mucho valor por mediación mía. Los detalles quedarían ultimados cuando él volviera de cierto preciso viaje. Aún continuó esperándole.

.....

Y ésta es la pequeña historia de mi negocio. Después de dos meses de gastos incalculables, solo conseguí el pequeño ingreso de 2'50 pesetas, y éste por mediación de mi Botones.

Desde entonces me dedico a pasear, a sablear a los amigos y a fumarme los cigarrillos del padre de mi novia. Me va estupendamente. ¡Ah! ¡Y hasta tengo alguna que otra peseteja en el bolsillo!